

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS



LA UNIDAD DE BLAS

—Mi amo, otro ruido.

—¿Qué ruido, Blas?

—El de esa manifestacion que van á celebrar en España para conmemorar el centenario XIII de la unidad católica.

—¡Gran centenario!

—Pero ¿á qué viene tanto jaleo, mi amo?

—Hombre ¿á qué ha de venir? ¿Te parece poco lo que hizo el rey Recaredo estableciendo en nuestra tierra la unidad religiosa?

—Ciertamente; pero me llama la atencion la importancia que dan al asunto. ¿Qué pájaro de las Indias es ese de la unidad? ¿Qué significa esa trapisonda?

—Pues una cosa muy sencilla; la unidad Católica significa la unidad de nuestra fé; la unidad de nuestras creencias; la unidad de nuestro culto; el que en España no pueda haber otra religion que la verdadera; el que no pueda haber herejes que la combatan ni políticos que la persigan; ni escritores que blasfemen del Evangelio, ni maestros que enseñen á renegar de Dios, ni artistas que corrompan al pueblo, ni periodistas que lo extravien; en suma: significa el reinado social de Jesucristo que es el camino, la verdad y la vida, fuera del cual no hay más que mentiras, confusion y muerte. ¿Te parece poco?

—No señor; no está mal eso, mi amo; pero francamente, me parece que en punto á religion no hay que exagerar tanto las cosas, porque al fin y al cabo cada uno tiene su manera de pensar.

—¿Y qué?

—Y que es demasiado fuerte exigir al que no sea católico que obre como si lo fuera; pues como decia mi maestro el albeitar eso son cosas que pertenecen al *forro* interno.

—Blas, no digas disparates que aquí no se trata de *forros*.

—¿Pues de que se trata?

—De telas; de sostener la verdad ca-

tólica así en las instituciones como en las leyes, y de que al amparo de falsas libertades no venga nadie á corromper á nuestros hijos, á llenarles la cabeza de errores, á empujarlos por el camino del mal y hacer de su perdicion artículo de comercio.

—Pero, mi amo, ¿va usted á imponer la verdad á la fuerza?

—No; pero voy á impedir que otro imponga la mentira.

—Vamos, mi amo, no tanto.

—¿Cómo no tanto? ¿Te parece leve la importancia que tiene el error en las cosas fundamentales?

—Concedo que la tenga; pero no por eso hemos de ser tan intolerantes.

—¿Qué no? ¿Pues si tú eres el primer intolerante de la tierra, Blas?

—¿Qué está usted diciendo?

—Que eres cien veces más intolerante que yo. Y si no dime. Si fueras comerciante ¿tolerarias á un dependiente que sumara dos y dos cinco?

—¿Qué disparate!

—Y si tuvieras que hacer una casa ¿tolerarias á un arquitecto que la edificara sobre arena?

—No, señor.

—Y si te vieras enfermo ¿tolerarias á un médico que quisiera curarte con rejalgar?

—¡Las narices!

—Y sin embargo toleras arquitectos que levanten en falso el edificio social, políticos que yerren el cálculo de las leyes divinas y humanas, y charlatanes que administren al pueblo el rejalgar de la herejía.

—¡Hombre, hombre!

—Es decir, que tu no transiges con el error cuando te toca el pellejo, pero transiges con él cuando te toca al alma.

—Le explicaré á usted.

—Notienes nada que explicarme Blas; te entiendo demasiado. Tú eres de los que se llaman católicos, y les importa tanto el alma como de la suela del zapato.

—¡Usted me ofende!

—Tú eres de aquellos que cuando la gloriosa echaban discursos contra los antiguos reyes que expulsaban á los moros, y áun se lastimaban de que no

fuésemos ya moros todos los españoles.

—Pero, mi amo.

—Y de los que lloraban á moco tendido porque no daban una ley para que vinieran los judios á levantar sinagogas y á hacernos ricos prestándonos dinero al mil por uno.

—Mi amo, usted apura mucho las cosas. Yo soy tan católico como el primero, y nadie tiene nada que decir de mí; lo que es que no me gusta la intransigencia, porque creo que el error debe combatirse con la verdad y no persiguiendo al que lo sostiene.

—Es decir, que si eres tejedor y entra uno en tu casa á enredarte las madejas en vez de agarrarle las manos y echarlo á la calle, le dejarás enredar y te contentarás con deshacer las marañas.

—Hombre, no tanto.

—Luego volvemos otra vez á la intransigencia, la intolerancia y hasta la persecucion del prójimo cuando se trata de cosas materiales que afectan al bolsillo, y solo guardamos la *benignidad* para cuando se trata de defender la verdad eterna.

—Pero, mi amo, ¿tan malo es el que en una nacion haya diversas opiniones religiosas, y que estas se manifiesten de palabra ó por escrito? Comprendo que la unidad de las ideas tiene mucha importancia, pero no tanto; hay que dejar un poco de libertad á la gente; no veo en ello tanto peligro.

—Mira, Blas, dejemos este punto, que para tí no hay razones. Hablemos de otra cosa. ¿Cómo está tu mujer?

—¿Mi mujer? doble usted la hoja, mi amo.

—¿Pues y eso?; ¿qué te pasa con ella?

—Le digo á usted que doble.

—Pero, hombre, Isidora es una buena muchacha, trabajadora, limpia, económica.

—Nada: no me hable usted de ella.

—Pero ¿por qué?

—Porque con toda su limpieza, bondad y economía, el mejor día le pego un palo en el hueso palomo, y se lo divido en cinco partes como el globo terraco.

—Pero, hombre, ¿has descubierto en ella algun vicio feo?

—El mas feo de todos los que pudiera descubrir: el que tiene la cabeza más dura que la campana gorda de Toledo.

—Pero, Blas, eso no es ningun delito.

—¡Que nó! Como se conoce, mi amo, que usted está muy tranquilo en su casa y no vive al lado de mi mujer. ¿Le parece á usted cosa ligera eso de abrir los ojos por la mañana y encontrarse ya con un enemigo que le está á usted dando guerra hasta la noche? Si pienso yo blanco, ella negro; si pienso yo negro, ella azul. Nunca está conforme conmigo en nada.

—Bien, Blas; pero mientras ella tenga sus pensamientos guardados en el forro interno, tu no tienes derecho á...

—¡Qué forro ni que calabazas! ¿Usted cree mi amo que una mujer se guarde mucho tiempo las cosas en el forro? Menudas son las mujeres. Ya le he dicho que así no podemos continuar. O muda de conducta, ó le pego fuego á la casa.

—Pero, hombre; ¿y por asunto de ideas vas á convertir tu casa en una hoguera?

—Si señor; prefiero el fuego de la hoguera al fuego de la discordia; usted no sabe lo que es una matraca fuera de jueves Santo. Y además, que de la discordia de los esposos á la mala educacion de los hijos no va más que un paso; y de la mala educacion de los hijos á la perdicion de toda la familia no va más que medio. Donde no hay union y buena armonía no hay paz; donde no hay paz no hay orden y donde no hay orden no hay nada.

—Pero Blas ¿qué estas diciendo? ¿con que ahora resulta que mudas la casaca?

—¿Cómo es eso?

—¿Con que ahora resulta que eres partidario de la union; es decir de la UNIDAD?

—Bien, pero nó de la que usted dice.

—Si ya lo entiendo. No eres de la que yo digo si no de la que dices tú. No quieres la unidad de Cristo, pero quieres la unidad de Blas; no quieres el imperio de la fé católica sin la cual no es posible que el pueblo se salve, y quieres el imperio de tu propia opinion, sin la cual consideras imposible que se salve tu familia. ¡Vaya una lógica!

—Á Dios, mi amo. Con usted no hay quien pueda.

—Á Dios, Blas, el señor pueda contigo. Pero antes de irte escucha esta coplilla.

Somos intransigentes
É inquisidores

Si nos tocan al cútis
Las opiniones.

Mas no tocando
Ni la piel ni la bolsa:
¡Vamos andando....!

A. G. y G.

LA SANTA CRUZ

En que sentido puede decirse que las tribulaciones proceden de Dios.

Cierto dia en un hospital de Paris dos jóvenes, poco más ó menos de igual edad, hallábanse el uno al lado de otro rendidos por la enfermedad en el lecho del dolor. Era el uno un pobrecito atolondrado y distraído á quien los placeres y la frivolidad habian alejado de Dios hacia muchos años. Su vida la habia mal gastado en la disolucion, y la tísic que le devoraba era, segun todos los indicios, el resultado de los excesos de su libertinaje. El otro, tísico tambien, habia guardado por el contrario desde su niñez una conducta ejemplar; despues de su primera comunión siguió frecuentándola todos los domingos; á los catorce ó quince años, su piedad siempre en aumento le habia inducido á comulgar aún más á menudo. Era puro como un angel, y en medio de sus padecimientos no salía de sus labios una queja.

Tratábanlos el enfermero y la Hermana con igual esmero. Tambien lo hicieron, que el primero en vez de blasfemar y desesperarse bajo el peso de sus crueles dolores, volvió á los caminos de su niñez, se reconcilió con Dios y pasó los últimos dias de su vida poseído de vivos sentimientos de penitencia, que causaron profunda impresion en toda aquella sala. «Mucho sufro, decia el infeliz, pero tanto mejor, todo esto haré de penitencia.»

El segundo, santificándose más y más cada dia con la tribulacion, era el pasmo de todos los que le visitaban. Mostraba siempre apacible y aún regocijada su pálida fisonomía, y dió hasta su último suspiro gracias fervorosas á Dios por haberle amado tanto.

Murieron los dos el mismo dia, y para los dos los crueles y dolorosos sufrimientos de la enfermedad habian sido indudablemente un beneficio del Señor, una verdadera visita suya.

Efectivamente, Dios que no es autor de la tribulacion, sírvese no obstante de ella para salvarnos, sacando su bien hasta de nuestros propios males.

Sírvese de ellos para hacernos volver á sí, en cierto modo, á pesar de nosotros mismos. ¡Cuántos enteramente olvidados del servicio de Dios han vuelto de nuevo á sus santos caminos por la afliccion, la enfermedad ó los desengaños! ¡Cuántos están hoy en el cielo que estarían sin duda en el infierno á no haberles sobrevenido acá en el mundo tales padecimientos! ¡Y cuántos sufren en el infierno, perdida su alma eternamente, que la hubieran salvado si tuvieran la dicha de vivir en este mundo atribulados! En este sentido, la afliccion es una gracia inmensa, y como todas las gracias, en cuanto lo es procede de Dios.

Tambien procede de Dios la afliccion por razon de su soberana justicia. Aunque formidable, la justicia de Dios es en sí misma digna de toda alabanza, y con un poco de fé y de grandeza de corazón no es difícil ver en cada uno de nuestros sufrimientos un justo y merecido castigo del pecado. «¡Gracias! ¡Gracias! mi Dios, exclamaba en medio de los suplicios un pobrecito renegado de la Corea que tuvo la dicha de volver á la verdadera fe: ¡gracias! ¡gracias! ¡Está bien! ¡Es muy justo! ¡justo es que el pecador sufra y expie su pecado!» Como expiacion, pues, como legítimo castigo, viene tambien de Dios el sufrimiento, aunque sea en sí mismo un mal.

Viene tambien de Dios finalmente, como medio de que se sirve para poner á prueba la fidelidad de sus servidores y doblar y triplicar y centuplicar el mérito de ellos y su eterna recompensa. Nada nos desprende tanto de las vanidades del mundo como la tribulacion: nada como ella para que un alma se abandone resuelta y confiada en los brazos amorosos de Dios. Es muy raro obtener grande santidad sin grandes padecimientos. Tiene la afliccion poder tal para santificarnos, que se pudiera asegurar que casi siempre la perfeccion de un cristiano está en proporcion exacta con sus tribulaciones.

Facilmente se comprende, pues, por qué elevadas razones nos somete la divina Bondad á la rigurosa prueba de los sufrimientos, y por qué Nuestro Señor, movido por sola su misericordia, permite que las almas que más le son queridas sean frecuentemente las más atribuladas.

No lances, pues, tú jamás, querido lector, ese grito irracional que los padecimientos arrancan á los lábios de algunos afligidos: «¿Qué le he hecho yo á Dios para que me envíe tanto mal?»

¿Que le has hecho? ¿Has olvidado acaso la cadena interminable de pecados de todo género que llenan tu pasada existencia? ¿Hasta tal punto se oscureció en tí la luz de la fé que ya no echas de ver tus propias iniquidades?

¿Qué le has hecho tú á Dios? ¿Eso preguntas? Y Nuestro Señor, y su Madre Santísima y todos los Mártires y todos los Santos que tanto padecieron; ¿qué le habian hecho? La tribulación fué para ellos no un castigo sinó una prueba, y porque de esta prueba salieron victoriosos, tienen corona de eterna gloria en los cielos.

Cualquiera que seas tú, justo ó pecador, no puedes razonablemente dirigirle á tú Dios esta arrogante pregunta. Si eres pecador, recuerda el fuego eterno, recuerda los dolorosos ayes del purgatorio, recuerda los espantosos tormentos de la Pasión y del Calvario, y en vez de murmurar, humilla tu cabeza con humildad y silencio. Si eres justo é inocente, recuerda el paraíso con sus eternas dulzuras, recuerda la gloria de los mártires y penitentes, recuerda al buen Jesús clavado en un palo y moribundo en él por tí. Recuerda todo esto; y lleno el corazón de amor y de esperanzas, bendice á tu Dios en vez de querrelarte con Él.

En el cielo verémos qué maravilloso partido ha sacado de nuestras tribulaciones la misericordia de Dios para nuestro provecho, y comprenderémos en qué sentido son visita y beneficio suyos los dolores que nos afligen. Allí veremos lo que vale la Santa Cruz.

M. Segur.

VARIETADES

¡Héroes!

Nuevas noticias recibidas de Manila sobre la muerte del P. Pablo Ramon ocurrida en el naufragio del Vapor Remus, han revelado detalles que ajigantan extraordinariamente el heroísmo de aquel virtuoso jesuita. Empeñado en no ocupar puesto alguno en los botes salva-vidas mientras quedase un solo naufragio que salvar, cuantas veces le invitaban á que saltase á los esquifes siempre contestaba: «No, no; yo el último.» Por fin no habiendo ya tiempo para salvarse todos, se arrodilló sobre cubierta levantó sus manos al cielo y se dejó hundir en el abismo.

Y no fué este solo religioso el héroe de la jornada. A bordo del Remus iba un humilde franciscano, el P. Julian Dorado, que habiendo entrado en uno de los botes; cuando podia considerarse fuera de peligro oyó voces de ¡socorro! y vió á un desgraciado que apenas podia sostenerse á flote, y que

asido á un cajon pedia auxilio con las ansias de la muerte.—¡Salvémosle!—gritó el P. Julian lleno de caridad.—No puede ser-contestaron sus compañeros, no cabe más gente y vamos á perecer todos.—Pues ponédle en mi lugar—dijo el franciscano y se arrojó al agua. Corrieron los del bote y salvaron al moribundo, más cuando quisieron volver por el caritativo religioso era tarde, se lo habia tragado el Oceano.

—Pero hombre, dirá alguno ¿Y así premia Dios tanta caridad?

—Sí; por que esa caridad no puede ser premiada en la tierra y urge premiarla en el cielo. La muerte de estos dos hijos dignísimos de San Francisco y San Ignacio era absolutamente necesaria para que recibiesen en el acto la corona merecida.

Luz tardía

En Orense han ejecutado hace poco á un pobre reo que al morir ha dejado á su hijo un Catecismo explicado del P. Lambert, con la siguiente dedicatoria de su puño y letra.

«Este libro se lo dedico á mi querido hijo César, como recuerdo del último día de mi vida, para que siga la ley de Jesucristo y me perdone el mal ejemplo que le he dado.»

¡Infeliz! ¡Cuantas veces habria llamado Jesucristo á las puertas de su corazón para apartarle del mal camino, y él se haria sordo á sus voces. Pero Dios es infinitamente misericordioso y se ha valido de su último suplicio para salvarle con la muerte del cuerpo la vida del alma.

Esto prueba que Dios no deja al hombre hasta el borde del abismo y que el que abre los ojos puede ver la luz aun que su sol esté ya en el ocaso.

GLORIA A MARIA

La devoción á la Virgen de Lourdes, se extiende por Turquía de un modo prodigioso. Mas allá de Constantinopla y de las fronteras del imperio Otomano, pídesa agua santificada por la Virgen para enviarla á la Meca. Turcos de todas clases, desde los más pobres hasta los de más alto rango corren á orar ante la imagen de la Inmaculada. No ha mucho, entre los favores dispensados por la Divina Señora ocurrió uno famoso. Mustafá-Bajá, gobernador de palacio, despues de nueve meses de un padecimiento de la vista, perdió completamente el ojo derecho. Pasados diez y ocho días, se le apareció una Señora vestida de blanco y le dijo: Soy la Virgen venerada en la capilla de los Padres Georgianos y te ordeno que vayas inmediatamente á ella para dirigirme tus oraciones y darme gracias.» Al despertarse Mustafá estaba curado. Inmediatamente tomó el tren, llegó á Feri Keni, oyó Misa y contó lo ocurrido al Prior de la Congregación. Habiéndosele pe-

dido pruebas y testigos, volvió otra vez á la capilla acompañado de muchos musulmanes amigos suyos y á presencia de un melite se formó un proceso verbal donde todos declararon la enfermedad y la curación instantánea de Mustafá Bajá. Ante el número cada vez más creciente de las curaciones milagrosas que la Virgen Inmaculada está haciendo en Turquía, Monseñor Vautelli, ha nombrado una comisión que examine canónicamente los hechos y los testigos remitiendo á Roma las investigaciones y procesos verbales.

UN NUEVO PRODIGIO

No solo es en Turquía, Francia y otras naciones extrañas donde la Virgen Santísima derrama á manos llenas sus favores; también á España llegan sus misericordias como puede verse por la siguiente carta que hemos recibido de Madrid.

Sr. Director de «La Lectura Popular.»

Teniendo en cuenta las reducidas proporciones de su publicación, quisiera ser breve en el relato de un hecho grandemente transcendental que viene á fortalecernos á los buenos católicos en nuestras venerandas creencias de tantos siglos, á la vez que á movernos á compasión hácia esos innumerables infelices que, guiados por falsas predicaciones caminan á labrarse ellos mismos su desliza.

La familia del que suscribe residente en la calle de X (1) la componen mi esposa y una hija nuestra, hermosa niña de trece años.

El día 2 del presente mes, fué esta atacada de una de esas pulmonías, tan frecuentes en este país, y desde un principio puso en inminente peligro su vida.

La niña siempre mostró gran predilección por nuestra Señora del Carmen, cuya imagen tiene colgada en la pared á los pies del lecho, y en los días que estuvo enferma no cesaba de decir á su mamá —«Dáme la imagen de la Virgen, que quiero darle un beso.»

Cuantas veces la digimos que íbamos á llamar al médico, se incomodó sobre manera diciendo que no le llamáramos, que pidiéramos á la virgen del Carmen que la pusiera buena.

Sin embargo de esto hicimos que el día ocho la viera un médico para ella desconocido, quien despues de muchos rodeos nos dijo que eran inútiles cuantos esfuerzos se hicieran para salvarla, y que probable-

(1) El original de esta carta con el nombre y domicilio de la persona que nos la ha dirigido, la tenemos á disposición de todo el que quiera cerciorarse por sí mismo de la verdad del hecho que en ella se relata.

mente no llegaría viva al día siguiente. Sabido esto apresuradamente se le administraron los últimos Sacramentos. No quisimos que nos cogiera de improviso si se adelantaba la catástrofe temida.

Llegó la noche y estábamos en torno del lecho, afligidos ante la perspectiva de perder á nuestra querida hija, esperando de un momento á otro que la fatal cuchilla de la muerte descendiera y cortara el hilo de su existencia, cuando de pronto exhaló un profundo suspiro y dijo con voz apenas inteligible. «Bueno, si, iré.»

Trascurrieron algunos segundos y volvió á decir con acento suplicante al mismo tiempo que extendía los brazos en ademán de abrazar á alguien.

—¡Pero no te vayas tan pronto!

Creímos que deliraba por efecto de la fiebre. Me acerqué á su oído y le dije: —¿Que te pasa, hija mía?

—¿Se ha marchado esa señora que ya no la veo?—me contestó.

—¿Pero que señora si aquí no ha habido nadie más que nosotros?—le repliqué.

—Esa señora que ahora me hablaba. Se parece mucho á la de ese retrato: tanto que creo que es la misma.

Todos quedamos como estupefactos y nos mirábamos unos á otros sin saber que decir.

—Me ha dicho—siguió diciendo—que me pondré buena si la quiero siempre mucho y si voy descalza, en peregrinación á su ermita. Yo la he prometido que así lo haré.

Desde ese instante empezó á aliviarse por momentos hasta tal punto que á la que el médico y todos creíamos que le quedaban cortas horas de vida, á las diez de la mañana siguiente abandonaba el lecho por sí misma, lo mismo que de ordinario, como si nunca hubiera estado enferma.

Cumplida la promesa hecha á la virgen, lo pongo en su conocimiento para que usted á su vez lo haga saber por medio de su periódico á cuantos con avidez le lean. Si; sepan que se dan ejemplos edificantes en medio de tanta corrupción.

Suyo affmo.

R. L.

FLORES Á MARIA

ADORMIDERA

Ya las aves despiertan,
huye la sombra,
se matiza de flores
la verde alfombra;
riza el mar á lo léjos
limpias espumas,
y las velas se pintan
entre las brumas;
ya de la aurora
se ha encendido la llama deslumbradora.

A la falda del cerro
se alza la aldea,

retratada en el río
que la rodea;
cubierta está la ermita
de olivo y flores,
cruzan por el espacio
los voladores;
y sus adornos
lucen los habitantes de los contornos.

Ya los músicos vienen
por la floresta,
y al vuelo las campanas
tocan á fiesta....
Mas ¿cuál es el motivo
de dicha tanta?
¿Por quién suena la música
y el pueblo canta?
Por tí, María,
fundamento de toda la poesía.

Por tí, adorada Virgen,
Madre amorosa,
la ermita se engalana
de olivo y rosa.
Por tí cruzan el aire
los voladores;
por tí, fuente de vida,
flor de las flores,
an orcha santa
que todo lo ilumina, todo lo encanta.

Por tí, el honrado pueblo
sus galas luce,
tu imágen en sus hombros
feliz conduce;
por tí suenan del órgano
las melodías,
y de amores te llevan
todos los días
ricos raudales
del humo del incienso las espirales.

Por tí, Virgen dichosa,
sin par ni ejemplo,
donde alienta una vida
se eleva un templo;
porque á nadie es posible,
sin tu presencia,
soportar la amargura
de la existencia;
que tú, María,
llenas el firmamento de poesía.

De tí copian sus luces
las alboradas,
las aves, sus canciones
enamoradas,
los cielos y los mares
su transparencia,
la brisa su frescura,
la flor su esencia....
Tú eres aliento
que en deleite trasformas hasta el tor-
(mento.

Tú en éxtasis dulcísimo
prestas al alma

delicia incomparable,
dichosa calma.
Tú de gracia la inundas,
de fé y consuelo,
lo mismo que á las vegas
el arroyuelo,
cuando el torrente
raudo se precipita por la corriente.

IRIS AZUL.

CONFIANZA.

Si de la eterna ventura
quereis gozar algun dia,
tened la conciencia pura
y... confiad en María.

M. Jorroto.

Buen pensamiento

«No ha mucho, visité yo á un sabio enfermo, y le manifesté la pena que me daba el verle tan achacoso, suponiéndole fastidiado por no poder levantar cabeza.

—No lo crea usted, —me dijo. Yo, aunque he estado casi siempre enfermo, nunca he pedido á Dios la salud, ni tengo impaciencia en mis males.

Aquí tomó un polvo mi amigo, y añadió:

—Vi un día á un piamontés ó saboyano, que llevaba de la cadena á un oso atado por la nariz, para ganarse la vida obligándole á hacer habilidades.

Cuando el animal se enfurecía, mi buen hombre no tenía más que tirarle de la cadena, y la bestia se amansaba.

Pues bien: yo soy el oso, la enfermedad es la cadena, y Dios el italiano (aquí se rió él mismo de la ocurrencia.) Cuando me desmando, tira Dios de la cadena y me hace entrar en el deber.»

Preciosísima ocurrencia; si la tuviéramos siempre presente en nuestras penas, no cesaríamos de dar gracias á Dios.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de «La Semana Católica», Villanueva, 6, bajo.